

Microcuentos de la cuarentena

Psique W.

Microcuentos de la cuarentena

*Como sobrevivir cuando piensas que
eres una superviviente*

Psique W.

Capítulo 1

DÍA 1:

Fabiana escucha a un señor importante en las noticias: hay una grave crisis mundial. Se toman medidas para paliarla, la más polémica es la del encierro colectivo. «A mí eso no me afecta demasiado», reflexiona Fabiana para sí. Ya vive confinada voluntariamente en casa mientras no deja de estudiar y estudiar para encontrar un futuro mejor que nunca llega.

Sube las escaleras, por millonésima vez, hasta su habitación, su santuario. Se sienta frente al escritorio e intenta memorizar las primeras frases de sus apuntes. Al instante se interrumpe: «Tengo la fortaleza mental para aguantar esto. Yo no necesito salir de aquí para ser feliz».

DÍA 2:

Fabiana descansa. No es día de trabajo, no es día de estudio. Ordena su habitación, limpia su santuario y mimosa las flores de su particular terraza; que también es su minúsculo jardín. En el ambiente se nota algo diferente. No se asoma a la calle, pero sabe que hay algo distinto. Silencio. Quietud.

Termina la purificación semanal de su ambiente. Se dispone a entretenerse. Libros, teorías feministas, ficción vía streaming. Todo en silencio, en secreto. Redes sociales, estrellas de cine a las que les gustaría conocer, recordar errores pasados. «Mañana será otro día», y se duerme.

DÍA 3:

Madrugar un día más. Monotonía rota porque no hay salida matutina. «El gimnasio está cerrado y no puedo salir a caminar, pero haré ejercicio en casa», se propone. Trabajar primero el cuerpo y después la mente. Otra hoja más que memorizar, una tras otra, como una máquina. Fabiana mira anhelante las flores: «No recuerdo cuando fue la última vez que vi la calle».

«Yo tenía planes y me los han fastidiado», se grita Fabiana a sí misma en voz baja al calor del flexo. Cenar, socializar y de vuelta a la cama. Lee un poco a Stoker y sueña despierta antes de dormirse.

DÍA 4:

Fabiana se va acostumbrando a su nueva monotonía. Piensa: «Debería escribir todo esto en un diario», pero luego se da cuenta de que ya tiene demasiados diarios empezados. Más hojas, más memoria. «¿Cuándo acabará esto?», se pregunta unas horas después. No sabe si se refiere a la crisis, a la búsqueda de un futuro o a su vida.

Desea tener a alguien a quien confesarse y abrazarse. Luego se duerme.

DÍA 5:

Normalmente este día abandona su santuario y se marcha en busca que aire puro. No puede ser: «Ahora está prohibido salir de casa. Estamos en cuarentena», se recuerda Fabiana a sí misma. Ya está cansada de las hojas y de las prohibiciones. Se da cuenta de que ansia salir, nunca lo había ansiado tanto como ahora.

Estudiar, socializar familiarmente y comer. Hay personas que hacen caso omiso de las prohibiciones: «Idiotas», grita Fabiana a la televisión.

DÍA 6:

Suena el despertador un día más y Fabiana no puede evitar pensar: «¿Y si todo esto lo he provocado yo con mis deseos autodestructivos?». La existencia de un ente superior y sobrenatural no es algo que preocupe en demasía a Fabiana, ella ya tiene bastantes problemas.

Aunque quiere y lo intenta no puede concentrarse. Dudas y remordimientos. El aislamiento trae antiguos fantasmas, preocupaciones de ayer que siempre están presentes. «Me he equivocado», le dice a su reflejo en la pantalla del ordenador. En las redes sociales, la gente parece pasárselo bien mientras está en casa mientras Fabiana hace tiempo que olvidó como se hacía.

DÍA 7:

Está encerrada en casa, en su santuario, pero no tiene intimidad. Nadie entra ni sale de su habitación, pero se siente observada. Fabiana echa de menos su monotonía anterior, donde al menos podía salir e ir libremente

donde quería. La ansiedad no le deja concentrarse en sus hojas para estudiar. «Pensaba que estaba preparada para esta cuarentena, pero me equivoqué», se lamenta en voz baja.

De pronto se oyen palmas. Todos los días a la misma hora hay palmas en las calles: «No hay aplausos suficientes para agradecer lo que están haciendo». La situación va a peor, o eso dicen en la televisión. «Parece que todo se viene abajo, quizás sea el final de toda esta sociedad», murmura Fabiana mientras repasa las redes sociales en la oscuridad de su santuario.

DÍA 8:

Fabiana echa mucho de menos a su niña y sus niños: «Es de lo peor. Ojalá pudiera besarlos y abrazarlos. Volver a jugar con ellos». Hay tensión en la casa. De todas formas, es día de descanso y día de noticias. El encierro legal se alargará aun más.

¿Qué hacer mientras tanto? Cuidar las flores de la terraza y mimar la mente con lecturas y distracciones intelectuales varias. Por la noche se celebra una pequeña fiesta familiar. Hay palomitas y patatas fritas. Mientras, en la calle llueve.

DÍA 9:

Primera salida de Fabiana desde que comenzó el confinamiento. Hace tanto que no pisa la calle, que se ha planteado pintarse los labios para ir a la óptica: «No es necesario, llevaré la mascarilla puesta y los labios no se me verán». En la calle, gente. Poca, pero la hay. Unos protegidos, otros con cara y manos descubiertas.

La vuelta a casa es la vuelta a la rutina. Mas hojas para memorizar, más estar con la familia, más escritorio. Es cuando Fabiana desearía ser libre.

DÍA 10:

El confinamiento legal se alarga. Otras dos semanas más encerrada en casa y sin ver la calle. Ya se ha convertido en la normalidad diaria. Fabiana echa de menos la biblioteca de su universidad: «Allí sí lograba concentrarme». Mientras tanto, sigue intentando hacer llevadera su rutina. También quiere participar en un concurso de microcortos, pero no es capaz de editar un video.

Entre tanto, se consuela hablando con sus niños por videollamada, pensando en qué película verá este fin de semana y escribiendo estas

líneas.

DÍA 11:

Fabiana no se encuentra bien, no puede concentrarse. Por más que lo intenta, y lo intenta mucho, no puede memorizar sus hojas: «Es frustrante. Ya no puedo más». Y decide dejarlas por hoy. Se siente culpable por ello, pero sabe que mañana será otro día. La búsqueda del futuro no es fácil.

Tiene tendencia a soñar despierta, quizás sea esa la razón de su falta de concentración. Fabiana tiene muchos sueños rotos en los que recrearse y otros tantos demonios que nunca la dejan sola ni a sol ni a sombra.

DÍA 12:

Parece que los ánimos de Fabiana han mejorado. Las ilusiones siempre la hacen sonreír. Y es que la promesa, aunque sea minúscula y difícil de alcanzar, de un mañana mejor siempre llena el alma y la cabeza de luz.

Mientras tanto, el mundo sigue fuera de su santuario: «La realidad parece lejana, pero poco me importa ya. No sé ni en qué día de la semana vivo». Apenas mira o presta atención a las noticias, ya sabe que todo va mal y que seguramente irá a peor. Pero Fabiana también confía en que la pandemia tornará a su fin, lo que no sabe es qué hará ella cuando ese día llegue.

DÍA 13:

Aunque se esté confinada y se tengan muchas cosas que hacer, cuando se es dueña de una cabeza activa y soñadora nunca se deja de pensar. De pensar en lo que fue, en lo que es ahora, en lo que se pudo haber sido y en lo que se es. «Si alguna vez acaba este encierro, debería tomar las riendas de mi vida de una vez por todas»: no deja de decirse a sí misma Fabiana.

La monotonía hace que la imaginación vuele escapando del tedio y creando realidades y universos alternativos. Llenando así el cuerpo de endorfinas, serotonina, dopamina y oxitocina que apaciguan el alma y la llenan de luz.

DÍA 14:

Fabiana no deja de leer el último correo electrónico que ha recibido mientras piensa: «Si algo tiene que salir mal, saldrá mal. Y punto». Para añadir a continuación: «Quizás debería dejar de soñar. O quizás este sea uno de los tantos errores que me acerquen a mi destino. Pero, ¿cuál es mi destino?». Y comienza a refunfuñar y quejarse hasta el punto de casi

romper a llorar. ¿De verdad hay un futuro para ella?

Las hojas que debe memorizar le parecen cada vez más insoportables. A lo que se suma las ganas de querer salir a la calle y tener una pizca de intimidad, de independencia. Fabiana no deja de preguntarse cuando acabará el encierro, su santuario empieza a dejar de serle sagrado.

DÍA 15:

Hoy, como cada siete días, Fabiana descansa. Descansa de obligaciones autoimpuestas y de la memorización de datos en ocasiones incomprensibles. Al séptimo día, disfruta de su tiempo. Aunque sea a escondidas.

La tarde es más larga, el horario de verano ha llegado al reloj pero en las casas sigue siendo invierno. El fin de la crisis no se vislumbra. Aun así, hay tiempo para darse dulces caprichos culinarios y dedicarse a beber cerveza: «Porque me merezco brindar por mí misma. Y punto»: se dice Fabiana. Mañana se ejercitará con más fuerza, no hay problema.

DÍA 16:

La semana ha vuelto a empezar. En la memoria de Fabiana ya no hay retazos de la vida antes de la cuarentena: «Creo que vamos por la tercera». A menudo se pregunta cuánto durará la crisis, el encierro y el virus. Aun pensando que estaba más que preparada para vivir jornadas enteras en su casa, Fabiana solo piensa en salir de allí.

En la calle llueve, pero eso no es obstáculo para que se aplauda en los balcones. Entre tanto, en la tele siguen repitiendo las mismas cosas. Para Fabiana el virus sigue ahí pero ya le despierta poco interés.

DÍA 17:

La monotonía de la cuarentena y el encierro se ha transformado en la normalidad del día a día. Fabiana busca respuestas en internet sobre la posible duración de esta situación y todo apunta a que pueden ser meses: «Esto parece ir para largo». Parece que lo único que importa ahora es el tiempo.

Como lleva tantos días encerrada y sin salir su imaginación vuela a cada instante y no la dejan concentrarse en sus quehaceres. También diseña planes de salida para cuando el virus pase: «En el papel queda todo muy claro y bonito. Ya veremos si me atrevo a consumirlos o no», reflexiona Fabiana, que se conoce a sí misma mejor que nadie.

DÍA 18:

«Creo que podría acostumbrarme a esto», dice Fabiana en la soledad de su santuario. Lleva varias horas sentada frente al escritorio. En realidad, ya no sabe qué más hacer. Ha terminado de memorizar sus hojas y deberes y tiene tiempo de sobra hasta que sea hora de cenar. Entonces decide ponerse a ver dibujos animados en el ordenador. Estos dibujos narran las aventuras de un grupo de jóvenes superhéroes: «Ojalá yo tuviera algún superpoder y pudiera patear los traseros de la gente que me cae mal».

Estar encerrada en casa, en este caso por obligación, no es el verdadero problema de Fabiana. Su verdadero dolor de cabeza es qué ocurrirá cuando al final pueda salir.

DÍA 19:

Una cosa que Fabiana está aprendiendo en estos días de encierro obligatorio es a reconocer sus errores. Entender qué es lo que ha fallado e intentar encontrar medios y estrategias para enmendarlo todo. Lo peor es el miedo: «¿De verdad tendré el valor de llevarlo a cabo?».

Afuera la vida es tan gris como el suceso que la rodea. Lluve, lo hace sin parar. Apenas sale un poco el sol y las nubes y la niebla esconden las montañas que se ven desde la habitación de Fabiana. A las ocho, como siempre, aplausos y jaleo. En la tele, como siempre también, demasiada gente hablando.

DÍA 20:

«Un día más, un día menos», suspira Fabiana. Empieza a verle el lado positivo a esto, si es que lo tiene. Ella está tranquila en casa, como acostumbraba a estarlo antes de que comenzara el confinamiento. Pero también es cierto que echa de menos la calle, el sol, el aire y la biblioteca de la universidad.

Algunas veces se encuentra a sí misma pensando en costumbres que nunca ha tenido: «Tengo ganas de fumar y no soy fumadora. La ansiedad de estas cuatro paredes me va a matar». Y es que, por muy preparados que esté o por muchas series animadas que vea vía streaming, nunca se terminará de acostumbrar al encierro.

DÍA 21:

La situación se alargará, parece que indefinidamente. Aunque da igual que pongan una fecha final al confinamiento, es como si no quisiera llegar nunca. De todas formas, lo que le preocupa a Fabiana no es cuanto se

alargue la cuarentena: «¿Qué hacer cuando todo esto acabe?».

Desde que la situación dio comienzo, hay quien dice que de esta crisis surgirá un nuevo mundo. Pero Fabiana sigue siendo escéptica.

DÍA 22:

A pesar de que no se puede salir a la calle, hay fiestas que se celebran dentro de casa. Las procesiones de Semana Santa no saldrán, pero no faltan programas en la tele que te recuerden las fechas en las que vives. A Fabiana eso la exaspera un poco.

La rutina de cada siete días ha tocado hoy. Fabiana se siente orgullosa de sus plantas: «Si alguna vez logro marcharme, me gustaría llevármelas conmigo. Ellas y mis libros, son lo más bello que tengo en este mundo».

DÍA 23:

No todos los días se puede disfrutar de paz y serenidad mental. Por muy acostumbrada que una persona esté a vivir entre cuatro paredes sin apenas salir a la calle, siempre hay sucesos o palabras que quiebran el bienestar que se refugia dentro de la cabeza. «No necesito que nadie me cuestione, no quiero que nadie lo haga. Mi vida es mía y de nadie más», se queja Fabiana a su fuero interno.

Hoy la cosa no va de lo que hay fuera, sino de lo que tenemos dentro. Los miedos y traumas que nos atenazan y que nos impiden seguir. Fabiana quiere ponerles freno y convencerse de que el Miedo no puede seguir durmiendo a su lado.

DÍA 24:

Fabiana todavía no sabe si ya se ha aprobado la prórroga del estado de emergencia o no, pero lo que si sabe es que deberá estar en casa —obligatoriamente— dos semanas más. Eso tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, según se mire.

Pero lo que a ella le preocupa es la tensión que se respira en la casa, siempre latente. No sabe si es por el tiempo que la familia lleva confinada, por la inmovilidad de la situación, porque nada de lo que ella planea le sale bien... «El ambiente está tenso y no lo soporto. Quiero salir, aunque me da miedo lo que hay fuera», reconoce para sí misma.

DÍA 25:

Las dudas y miedos pueden con Ariadna. No soporta más el encierro. «Pensaba que saldría indemne, pero no», se dice frente al espejo. Y aunque se convence a sí misma en que debe ser valiente y salir de su

burbuja personal cuando todo acabe, el miedo ha echado unas raíces muy fuertes y poderosas en ella.

No sabe que hacer, no sabe a donde acudir. Las hojas frente a las que se sienta cada día en busca de un mañana prospero y mejor ya no le apaciguan la incertidumbre de su alma. Muchos sueños se amontonan en su cabeza y una pequeña parte de ella lucha por salir.

DÍA 26:

Afuera la lluvia vuelve y la cuarentena se alarga. Dentro, Fabiana siente que la luz vuelve a entrar de nuevo en ella: «Supongo que es una de esas rachas en que la esperanza me hace sonreír». Se acaba un libro de hojas para estudiar y toca comenzar otro.

La monotonía de la normalidad, como cada día: sonar del despertador, levantarse, vestirse, desayunar, hacer ejercicio y sentarse frente al escritorio para alternarlo con la ingesta de comida. El confinamiento ya forma parte de ella.

DÍA 27:

Primera discusión en la casa después de casi un mes de estado de alarma: «Estaba tardando en llegar», piensa Fabiana. Todo a cuenta de los silencios, el futuro y el porvenir de Fabiana. Y es que a Fabiana no le gusta compartir sus pensamientos, sentimientos, ni inquietudes.

Aunque los golpes son duros, Fabiana sabe que cada uno que recibe la endurece aún más: «En el mundo no estoy más que yo y solo yo puedo ayudarme. Quienes se suponen que deben socorrerme que lanzan piedras y me ponen cadenas. Solo me tengo a mí misma para salir de aquí».

DÍA 28:

Hoy ha sido todo más tranquilo, aunque todavía se siente algún humo de tensión en el ambiente. Fabiana sigue inmersa en sus dudas existenciales y hojas para estudiar: «Creo que nunca volveré a ver la luz porque para mí no hay luz». El cielo era a ratos azul y a ratos gris, como su propio interior.

Mientras, sus flores, en la terraza, no dejan de florecer: «Me pregunto cuando voy a florecer yo», y tras un breve suspiro vuelve a posar su vista sobre el blanquecino escritorio.

DÍA 29:

Otra semana más llega a su fin. Fabiana ya no echa de menos la calle, ha vuelto a acostumbrarse a vivir encerrada: «Es agradable abrir la ventana

y que el frescor de la lluvia primaveral entre al santuario».

Pero su cuerpo se resiente. La cabeza, el cuello y los músculos le duelen. Siente como si la energía y el ingenio se le escaparan lentamente.

DÍA 30:

La gran mayoría sigue encerrada en casa, pero hay quien ha podido salir a trabajar. En la tele y las redes muchas personas lo critican ya que, según dicen, el virus puede volver a tomar fuerza. Para Fabiana todo sigue igual, a veces, muchas veces, se cansa de memorizar hojas y se convierte en una tarea tediosa e infructífera.

Su día y su ánimo están como el cielo: a intervalos soleado y a ratos gris y tormentoso. «Me han rechazado en dos ofertas de trabajo. Sabía que no me cogerían, pero aun así es doloroso», piensa Fabiana mientras escucha los truenos y el agua caer.

DÍA 31:

«Creo que si escribiera un diario sobre esta situación sería más y más aburrido cada día. Al principio seguro que resultaría excitante: "¡Ey! Imagina que bien me voy a adaptar a la cuarentena. Yo, que apenas salgo a la calle más que para ir al gimnasio por las mañanas y una vez a la semana a la biblioteca de la universidad. Y voy precisamente para salir de mi casa. ¡Y esos que se quejan de que tienen que estar encerrados! No saben adaptarse". Pero luego se convertiría en algo aburrido y tedioso. Seguro que lo dejaría a la mitad. Además, ¿a quién le iba a interesar mi experiencia? Solo soy una pringada de treinta años que no sabe qué hacer con su vida, que sabe que no tiene ningún futuro por más que se esfuerce y que está sola y seguramente terminará sus días sola y amargada», piensa Fabiana delante del teclado del ordenador.

Entonces lo apaga, mira por su ventana, escucha los aplausos de las ocho y se va.

DÍA 32:

Hoy ha sido un día más tranquilo emocionalmente para Fabiana, porque a nivel de actividad todos los días son igual de tranquilos. «Al menos podrían decir claramente hasta cuando nos van a tener confinados», exclama mirando a la tele con indignación mientras comparece el político de turno.

En la calle hace viento. Un viento que lleva y trae tormentosos nubarrones negros pero que no sueltan ni una gota de agua. Por las tardes, a Fabiana le gusta abrir la ventana para que el frescor de la primavera inunde su

santuario.

DÍA 33:

Fabiana se ha dado cuenta de lo sola que se encuentra y se pregunta cómo puede ponerle remedio. En el ambiente que se percibe del exterior nota que la gente está muy harta de estar en sus casas y que la tensión entre los dirigentes y agentes políticos aumenta. «Ya no hay unión. Es la historia de siempre, solo valen los intereses propios», reflexiona triste.

A veces, Fabiana desearía tener una bola para ver el futuro, aunque sabe que eso es imposible.

DÍA 34:

«¿Qué contar cuando no tienes nada que contar?», piensa Fabiana sentada en el salón con sus padres. Después de un mes sin salir a la calle las historias, comentarios y anécdotas que comentar se agotan. Los silencios se adueñan de las habitaciones y el abatimiento de los cuerpos.

La mente ya no puede centrarse en las tareas cotidianas, únicamente busca el entretenimiento, del tipo que sea, para poder escapar de las paredes que la encierran.

DÍA 35:

Las hojas que Fabiana memoriza cada día le resultan aburridas. «¿Cuándo tendré que dejar de hacerlo?», se pregunta cansada y desesperada intentado recordar la última vez que hizo algo más allá de su escritorio.

Fuera, en la calle, hace tiempo que no existe. Aunque los medios intentan transmitir tranquilidad, las cifras de contagios y fallecimientos crecen. A un ritmo menor, pero continúan aumentando. Cuando Fabiana los escucha hablar de recuperación, crisis y vuelta a la normalidad le parece estar escuchando fantasías.

DÍA 36:

Parece que ya se empieza a ver la luz al final del túnel. Los mandatarios anuncian que la infancia podrá volver a la calle, aunque solo sea por unos breves instantes; y el confinamiento puede llegar a su fin en próximas fechas.

Todo el mundo está contento, ya que la noticia es un rayito de esperanza. Pero Fabiana se pregunta cuando se acabará su propio encierro.

DÍA 37:

Fabiana se ha preguntado muchas veces cómo es vivir en medio de un conflicto, cómo lo llevan quienes lo sufren. Con el pasar de estos días se ha dado cuenta de la increíble normalidad que se planta en días que rompen totalmente con el devenir habitual de la vida. «La costumbre se abre paso siempre. A pesar de lo que ocurra fuera», reflexiona.

Otras veces, se encuentra a sí misma inunda por la ansiedad, el miedo a no encontrar un futuro. Eso la hace angustiarse y desconcentrarse; llegando a pensar que no tiene herramientas para crearse una vida propia.

DÍA 38:

La primavera sigue su curso, como la incertidumbre. Aunque parece que se comienza a ver la luz al final del túnel, Fabiana aún es escéptica: «Aunque los contagios y las muertes sean menores, el número de enfermos sigue siendo muy alto. ¿Cómo pueden pensar en volver a la normalidad?».

En las redes sociales, en los medios de comunicación, en los balcones, se critica todo lo que ocurre y se propagan bulos sin cesar. De aquel clima de solidaridad y comprensión del inicio del confinamiento ya no queda nada.

DÍA 39:

Fabiana mira al horizonte de su terraza pensando que hoy ha sido un día tranquilo: «Sin sobresaltos: ejercicio, estudio, comida, estudio, cena». Su cuarentena empieza a parecerse a su día a día precuarentena.

Es como si el tiempo se hubiera parado. Todo está ahora en un compás de espera ante la incertidumbre de lo que pasa, lo que no pasa, lo que pasará o lo que no pasará.

DÍA 40:

Hoy ha sido un día del libro atípico para Fabiana. Todos los años va a la feria del libro que se organiza en su universidad y se compra algún libro. «Son mis mejores amigos», piensa mientras observa sonriente sus estanterías repletas de amigos de papel.

La cuarentena parece tener los días contados, pero Fabiana siente miedo por ello. No se cree que todo esté lo suficientemente bien como para poder volver a la normalidad. Y tampoco cree saber cómo poder enfrentarse de nuevo a la realidad.

DÍA 41:

Las horas han pasado hoy para Fabiana como si el viento del norte soplara las hojas caídas de un árbol: suave, lento, silencioso y tranquilo. Como si una calma constante la rodeara e hiciera que no fuese capaz de percatarse de lo que ocurre más allá de lo que atañen sus pensamientos.

A veces duda de si es o no conveniente salir, levantar el confinamiento, mientras existan personas contagiadas por el virus. «Pero eso no depende de mí. A mí nadie me escucha», piensa abatida.

DÍA 42:

Fabiana ya no sabe qué hacer mientras está confinada. Apenas tiene material ya para memorizar y la monotonía le ha robado las ganas de crear y la curiosidad por ver películas y series en streaming. «Siento mi existencia tan anodina...», piensa mirando el cielo gris y amenazante de tormenta a través de su terraza.

DÍA 43:

Mientras los niños y niñas han salido por primera vez en más de un mes a la calle, Fabiana se ha dedicado a hacer churros caseros: «No me han salido muy buenos. La cocina no es lo mío». Y es que ella también ha caído en la trampa de hacer dulces y comidas caseras, como la mayoría de la gente que está confinada. Es una manera de distraerse.

Por otro lado, Fabiana no ha pensado mucho en sus problemas, aunque sabe que los tiene. «Es agotador preocuparse siempre por los problemas», se dice a sí misma.

DÍA 44:

Fabiana percibe cierto clima de relajación entre la gente: «Parece que ya no le dan importancia al virus», reflexiona. A pesar de lo que ocurre, todo es incierto, todo es incertidumbre. Es cierto que parece verse algo de luz, pero ella desconfía. Cree que, aunque las estadísticas de contagios y muertes sean menores que hace un mes, el coronavirus sigue ahí, pululando.

Entre tanto, sigue buscando trabajo: «A ver si así puedo ser dueña de mi destino».

DÍA 45:

La jornada ha comenzado triste para Fabiana, la frustración y la incertidumbre ante la situación en la que vive la hace sentirse afligida. Incluso ha intentado buscar consuelo en otras personas, pero no ha

encontrado las respuestas que buscaba. Aun así, con el paso del día los nublos grises que la rodeaban se han disipado.

Por otro lado, parece que la normalidad vuelve a la sociedad. Los gobiernos anuncian que poco a poco se podrá volver a salir a la calle. A pesar de todo, Fabiana no se fía.

DÍA 46:

Fabiana echa de menos el contacto humano. Hablar con alguien cara a cara, abrazar, besar, beber y comer con alguien en un bar. Y aunque ya se han anunciado las medidas para retomar de nuevo la vida precuarentena, ella presiente que aún es pronto: «Sé que lo repito todos los días, pero es un presentimiento. Mis presentimientos no suelen fallar», le comenta a su propio reflejo en el espejo.

DÍA 47:

El confinamiento le da mucho tiempo a Fabiana para pensar. Siempre piensa en lo mismo. A veces incluso se agota de tanto pensarlo; y otras veces lo hace de manera tan intensa que cree que las ideas que maquina en su mente son reales. «Hoy estoy agotada, física y mentalmente. Creo que empiezo a tener ganas de salir de verdad, pero ¿a dónde ir?», escribe en su diario.

DÍA 48:

Hoy ha sido un día raro para Fabiana: «Ya no sé ni en qué momento de la semana vivo y respiro», piensa. Ha comenzado una nueva rutina de estudio que espera que le sea más efectiva mientras espera el momento fatídico en que tenga que demostrar todo lo que, supuestamente, sabe. Además de darse cuenta de que si el día tuviera cien horas para ella no serían suficientes.

Dentro de poco podrá salir a la calle, pero Fabiana prefiere permanecer en casa: «No es que no tenga ganas de salir de aquí, es que no me fío de lo que pueda pillar si cruzo la puerta de la calle».

DÍA 49:

Fabiana sabe que tiene una imaginación desbordante, para lo bueno y para lo malo. Cuando esta imaginación le hace pensar en cosas felices y llenas de luz se olvida de que vive encerrada hasta que pase la tormenta. «Si no soñara despierta ya me habría vuelto loca», piensa con media sonrisa cómplice en el rostro. Quién sabe si ella también es producto de la imaginación de alguien.

DÍA 50:

«Es agradable recibir visitas de las personas a las que quieres. Aunque más agradable sería poder abrazar y besar a esas personas», piensa Fabiana de pie en el escalón de su casa mientras en la acera de enfrente sus sobrinos la saludan con alegría. Hecha de menos el contacto humano, y hasta el contacto social.

Ella, que tiene dificultades para hablar o hacer amistades, añora estar con otras personas. El coronavirus está sacando a la luz facetas que ni ella misma sabía que poseía.

DÍA 51:

El abandonar algo que tanto esfuerzo ha costado conseguir solo porque únicamente porque los primeros buenos resultados están saliendo a la luz no es motivo para dejar de hacerlo, al contrario. Cuando algo va bien se debe seguir haciendo, hay que continuar con esa labor. En caso contrario, los efectos a largo plazo pueden ser negativos. Eso Fabiana lo sabe muy bien: «No se puede dejar una tarta a la mitad solo porque el bizcocho no haya salido rico y esponjoso», reflexiona metafóricamente frente a la pantalla de la televisión.

DÍA 52:

«Qué triste, y a la vez curioso, es que un día que ha comenzado con alegría se torne en oscuridad», reflexiona Fabiana frente a su escritorio.

DÍA 53:

A pesar de que el estado de alarma parece alargarse, ya se puede salir a la calle con ciertas condiciones. Por eso, Fabiana ha decidido «volver a salir a hacer deporte». Aunque no está segura de si debe hacerlo con mascarilla y guantes o únicamente es suficiente con respetar la distancia de seguridad. De todos modos, ya pensará en eso el lunes antes de ir a correr.

Por otro lado, no puede dejar de indignarse por la actitud de algunos políticos que usan la crisis como arma política para ganarse los votos y la confianza de la gente. «Todo el mundo debería unirse y ellos van a lo suyo», exclama frente al televisor mientras almuerza.

DÍA 54:

Fabiana piensa a veces en cómo será la vuelta a la normalidad con el coronavirus. Presiente que algo cambiará en la sociedad, pero también está segura de que algunos mecanismos humanos no cambiarán. «Los de arriba seguirán arriba y los de abajo continuaremos abajo. Si ni siquiera

respetamos el estado de alarma», comenta al oír en las noticias que han pillado a veintinueve personas reunidas para celebrar una fiesta.

Aun así, Fabiana prefiere pensar mucho en eso. Ya tiene demasiados problemas y sueños por cumplir.

DÍA 55:

Fabiana mira por su terraza. Hecha de menos la calle, el calor de la primavera: «Me apetece ponerme una camiseta de tirantes y pasear por la calle Maestra. Necesito sol». Pero sabe que cuando salga debe hacerlo con precaución y no lo hará todos los días. Aún no alcanza a entender la irresponsabilidad de aquellas personas que salen sin protección y sin tener en cuenta el distanciamiento o los horarios para hacerlo.

DÍA 56:

Después de casi dos meses, Fabiana ha salido a la calle. Únicamente ha ido al supermercado, pero al menos ha visto la calle. «Aunque ir con mascarilla y guantes es horroroso», reconoce. Y es que es difícil manejarse con los guantes que ya llevas de casa más los que te tienes que poner en el supermercado mientras las gafas se te empañan por llevar mascarilla y tener la manía de respirar.

Si nada lo impide, dentro de dos días, el lunes, volverá a hacer deporte en la calle: «Me pondré las lentillas para evitar perder la visión por culpa de mi propio aliento».

DÍA 57:

«Como todos los domingos, hoy ha sido un día tranquilo», escribe Fabiana en su diario. Lo ha dedicado a limpiar su santuario, podar y regar sus macetas, terminar de leer un libro sobre feminismo y escribir poesía. «Creo que, a día de hoy, los domingos son mi día favorito de la semana», finaliza su entrada diaria con una sonrisa.

DÍA 58:

Después de casi dos meses, Fabiana ha salido hoy a hacer deporte. Le ha sentado bien: «No me han salido agujetas». Parecía que este día no llegaría nunca para ella. Y es, también, una manera de mantener alejados los malos pensamientos sobre el devenir.

DÍA 59:

Las crisis, la tristeza, la pena, son como las olas del mar: vuelven una y otra vez para mojar la orilla. Así es como se siente Fabiana hoy, como la

orilla de una playa solitaria.

DÍA 60:

La cantidad de consejos y recomendaciones que recibimos a lo largo de nuestra vida es innumerable. Pero quizás lo más difícil es saber cual de ellos seguir, averiguar cual es el bueno y cual no. Por eso Fabiana hace tiempo que escucha, pero no atiende a ellos.

Hoy también ha salido a hacer deporte, pero se ha indignado al ver que nadie va con mascarilla y guantes. «¿Por qué el ser humano es tan irresponsable», se pregunta Fabiana.

DÍA 61:

La salud de Fabiana, física y mental, se resiente. En la consulta de urgencias le han mandado el típico paracetamol y a casa a esperar como evoluciona todo.

«A veces me pregunto si mis fantasmas quieren matarme o hacerme más fuerte», piensa ella mirándose al espejo del baño.

DÍA 62:

Ya no se escuchan los aplausos de las ocho, ni los himnos a la resistencia, ni las palabras de solidaridad. Fabiana percibe que ese espíritu de comunidad se ha esfumado y todo, en parte, por intereses mayores. Y también por el cansancio: «Pensábamos que sería temporal, pero la situación se alarga más de que habíamos imaginado», escribe en su diario de notas.

DÍA 63:

«¿Esto sigue siendo la cuarentena o ya es la normalidad?», se pregunta Fabiana en la puerta de su casa, bajando el escalón hacia la calle.